

Gillespiana

Ebbe Trøberg

Hace ahora 45 años, y lo recuerdo como si fuera ayer. De pie durante casi tres horas sobre mi asiento de la penúltima fila en el entrañable recinto deportivo de KB. Hallen, donde entonces tuvieron lugar los escasos conciertos de jazz en Copenhague, asistí estupefacto –y al mismo tiempo encantado– a la violenta, por no decir volcánica, irrupción del bebop en nuestro sosegado mundo escandinavo. El cartel anunciaba nada menos que al *pontífice* del flamante estilo en persona, encabezando su ya legendaria orquesta llena de jóvenes músicos ansiosos de transmitir su revolucionario mensaje al viejo continente. El impacto fue inmediato y total. En diálogo constante con el público y con los miembros de su banda (entre ellos los saxofonistas Howard

A decir verdad, su música no me pilló completamente desprevenido. Ya conocía algunos temas del repertorio. Radio Suecia tenía un corresponsal en Nueva York, Claes Dahlgren, que nos tenía bien informados de los acontecimientos en los clubes y los estudios de grabación de Manhattan, a través de su programa de treinta minutos cada viernes. Y a duras penas había podido encontrar algún que otro disco de Gillespie en las tiendas especializadas de Copenhague. Uno de estos 78 revoluciones –si mal no recuerdo un HMV con el número B9616– tenía en una cara *Oop-Pop-A-Do*, y en la otra *Ow! Otro* (HMV B9668), era la suite *Cubana Be/Cubana Bop*. Ambos discos provenían de muy recientes grabaciones y fueron editados en Europa con sorprendente rapidez. Pero por muy preparado que me



Don Byas, Dizzy Gillespie, Oscar Pettiford (Copenhague, 1959).

Cada vez que se acerca el mes de febrero pienso en aquel primer encuentro con John Birks Dizzy Gillespie. No exagero si digo que, a nivel musical, no ha habido evento más importante en mi vida. Me marcó para siempre. Así de simple.

Johnson, George Big Nick Nicholas y Cecil Payne, el pianista John Lewis, el batería Kenny Clarke y el percusionista cubano Chano Pozo), hablando, bailando, cantando, lanzándose en solos vertiginosos, el mítico trompetista nos tuvo en vilo de principio a fin.

sintiera, la fuerza y la autenticidad de una banda de tal calibre, vista y oída en directo, me sacudía profundamente. Especialmente emocionante fue la versión de *Things To Come*, que abrió algo parecido a una luz definitiva dentro del caos, anunciando lo que tal vez nos esperaba más adelante.

A los treinta años, Gillespie rebosaba salud, inspiración e imaginación. Se encontraba en un momento de ebullición creativa. Dueño de una técnica asombrosa, aparecía con una seguridad casi insultante que, de manera mágica, trasladaba a los quince elementos que formaban aquella *big band*. La música que nos brindaba era de una frescura y una vitalidad tan absolutamente contagiosas que nos ayudaban a descubrir un mundo realmente nuevo y fascinante. Todavía incrédulos, tocados en cuerpo y alma, como transformados en seres de otro planeta, salimos a la calle. De repente, el jazz había tomado otro rumbo para nosotros.

Cinco años más tarde me encontraba viajando en autostop (práctica normal para los estudiantes a principios de los cincuenta) por la entonces todavía francesa Argelia cuando un día me enteré por la prensa de una próxima actuación de Dizzy Gillespie en la capital. Cambié rápidamente de plan, cancelé un improvisado paseo por el desierto y me precipité a Argel para volver a escuchar a mi trompetista favorito en una lluviosa tarde de domingo, de otro mes de febrero. Su gran orquesta era ya historia. Desde tiempos atrás, la crisis que hacía estragos entre los músicos de jazz le obligaba a actuar con formaciones de tamaño mucho más modesto y, en general, de muy corta vida. Con algunas de ellas había grabado discos importantes, que habían llegado a mis oídos y que casi conocía de memoria. Ahora se encontraba de gira con un quinteto de talentos: el pianista Wade Legge, que le había sido recomendado por Milt Jackson, el contrabajista Lee Hackney y el batería Al Jones. El cantante Joe Carrell, viejo amigo de los primeros años del bebop, acompañaba al grupo.

La hora del concierto estaba mal anunciada. Llegué a la sala, situada en el centro de Argel, con mucho tiempo por delante, y me encontré con los músicos esperando delante de la puerta cerrada y bajo una lluvia torrencial. Cuando por fin llegó un empleado con la llave, un amabilísimo Dizzy me invitó a entrar con él y su gente, y en los camerinos tuvimos una larga charla acerca de los múltiples y gravísimos problemas que asolaban al jazz en Estados Unidos, poniendo su porvenir en peligro. Gran número de clubes en Nueva York se habían visto obligados a cerrar, y la calle 52 tenía ya un lamentable aire fantasmal. Los músicos encontraban trabajo difícilmente, y algunos se hallaban en una situación muy penosa. Recuerdo la gran preocupación que Gillespie sentía por otro de los famosos pioneros del bebop, Bud Powell, y expresaba su deseo de verle instalado en Europa, donde parecía existir mayor interés por su música.

También me hablaba del precario estado de Charlie Parker, mientras se sentaba al piano para repasar los acordes de *Round Midnight* y *A Night In Tunisia*, con el tímido Wade Legge.

Muy a menudo he vuelto a vivir en la memoria aquellos momentos en compañía de este hombre inteligente, comprensivo y generoso que muchos consideraban un lunático que había traicionado al jazz. Del concierto en Argel recuerdo, sobre todo, sus maravillosos solos en *I Can't Get Started*, *Birks Works* y *Tin Tin Deo*, temas que volvió a tocar todas las veces que le vi en años sucesivos, pero nunca con aquel prodigioso impulso, aquella admirable pureza, aquel impresionante rigor. Durante toda su vida Gillespie se mantuvo a un altísimo nivel, aunque con los años perdieran fuerza sus pulmones, pero creo sinceramente que la absoluta culminación de su carrera artística se puede situar a principios de los cincuenta.

Después de Argel, el quinteto actuó en París donde su concierto fue grabado y luego editado por el sello Roost en un doble LP, que constituye una auténtica joya en la colección de cualquier aficionado. Era otro momento de inspiración para el trompetista que tres meses más tarde estaría en el Massey Hall de Toronto, para participar en una histórica reunión que algunos consideran "la más grande de todos los tiempos". Un irrepetible quinteto cuyos otros miembros, ¿hace falta recordarlo?, eran Charlie Parker, Bud Powell, Charles Mingus y Max Roach. Desde el 6 de enero, fecha del fallecimiento de Gillespie, éste último es el único superviviente de tan célebre encuentro de gigantes.

Dizzy Gillespie se mantuvo activo en los escenarios y en los estudios de grabación durante casi medio siglo. Los que sólo tuvieron ocasión de verle en la última década de su vida no pudieron percibir su grandeza con la misma claridad que nosotros, y lo trataron a veces con una dureza poco justificada y, desde luego, injusta. Bien es verdad que los años tampoco pasaron en balde para él, y que observamos frecuentes altibajos en sus actuaciones. Pero también es cierto que con el tiempo descubrimos otros aspectos de su arte que le hacían todavía más humano. A veces, la rutina se hacía notar, y de ahí su tendencia a sacrificar, en alguna medida, la faceta puramente musical para insistir en su papel de *showman*, lo que le supuso, en determinados círculos, la etiqueta de "poco serio". Para quien lo pudo ver en tantos diferentes contextos a través de los años, en gira con el Jazz at the Philharmonic, a la cabeza de pequeñas y grandes formaciones propias, integrando grupos efímeros, o bien actuando como estrella invitada en festivales por el mundo entero, Dizzy Gillespie fue siempre un músico excepcional, fiel a su

arte y responsable de sus actos como de los hombres que le rodeaban.

En este sentido, su autobiografía *To Be Or Not To Bop*, publicada en 1979, es enormemente reveladora, con numerosos testimonios de compañeros y críticos que declaran unánimemente su admiración y gratitud hacia un hombre incondicionalmente entregado a una música que le debe en parte su desarrollo, esencia y salud. Poco después de adquirir el libro, me presenté a un concierto de Gillespie en Madrid (Teatro Alcalá Palace, el 16 de febrero de 1980), con mi ejemplar bajo el brazo. El camerino del trompetista estaba, como casi siempre, abierto para los amigos (enemigos no tenía), y en el entreacto, en medio de una interminable conferencia sobre el Haha'i, que era su religión, mezclada con chistes geniales y sus curiosas preguntas acerca del flamenco (torpemente contestadas por una altísima bailarina de tipo germánico), me dedicó su obra con las palabras "Thanks for your support". Así de sencillo.

Tuvo este apoyo, desde luego, siempre. Todas las veces que le volví a ver —en Madrid, París, Copenhague, Lisboa, Vitoria, San Sebastián...— me sentí delante de un hombre único y ejemplar que nunca me había defraudado, con quien estaba en deuda, y a quien me unían sentimientos sinceros de fraternidad basados en la misma pasión por la vida y por la música. El incansable Dizzy no hacía más que enriquecernos y enseñarnos el camino que nos lleva en la buena dirección. Con él, protagonista de los episodios más inverosímiles, nos reíamos muchas veces, pero también nos obligó a meditar.

Un detalle más: en 1979, durante una de mis primeras visitas a Nueva York, presencié en el Village Gate un homenaje que se organizó en honor a Charles Mingus, que había fallecido poco antes. Fueron muchas horas de jazz, con un interminable desfile de grupos, más o menos improvisados, por el escenario. En medio de semejante *maremagno* de músicos famosos, me encontré de repente delante de un monitor en el que se proyectaba un famoso vídeo grabado, en 1960, durante el tumultuoso festival de Newport, cuando Mingus se puso al frente de la histórica rebelión contra la organización de George Wein. Al cabo de un rato descubrí que Dizzy se había puesto a mi lado. Callados contemplamos aquel fascinante espectáculo, y tampoco pronunciamos palabra alguna después. Tenía su célebre trompeta en una mano y puso un instante la otra sobre mi hombro en señal de despedida y, quiero creer, de mutuo entendimiento. Él no tenía ni idea de quién era yo, pero tampoco hacía falta que me identificara. Habíamos compartido un momento de respetuoso silencio, que no es poco. ■